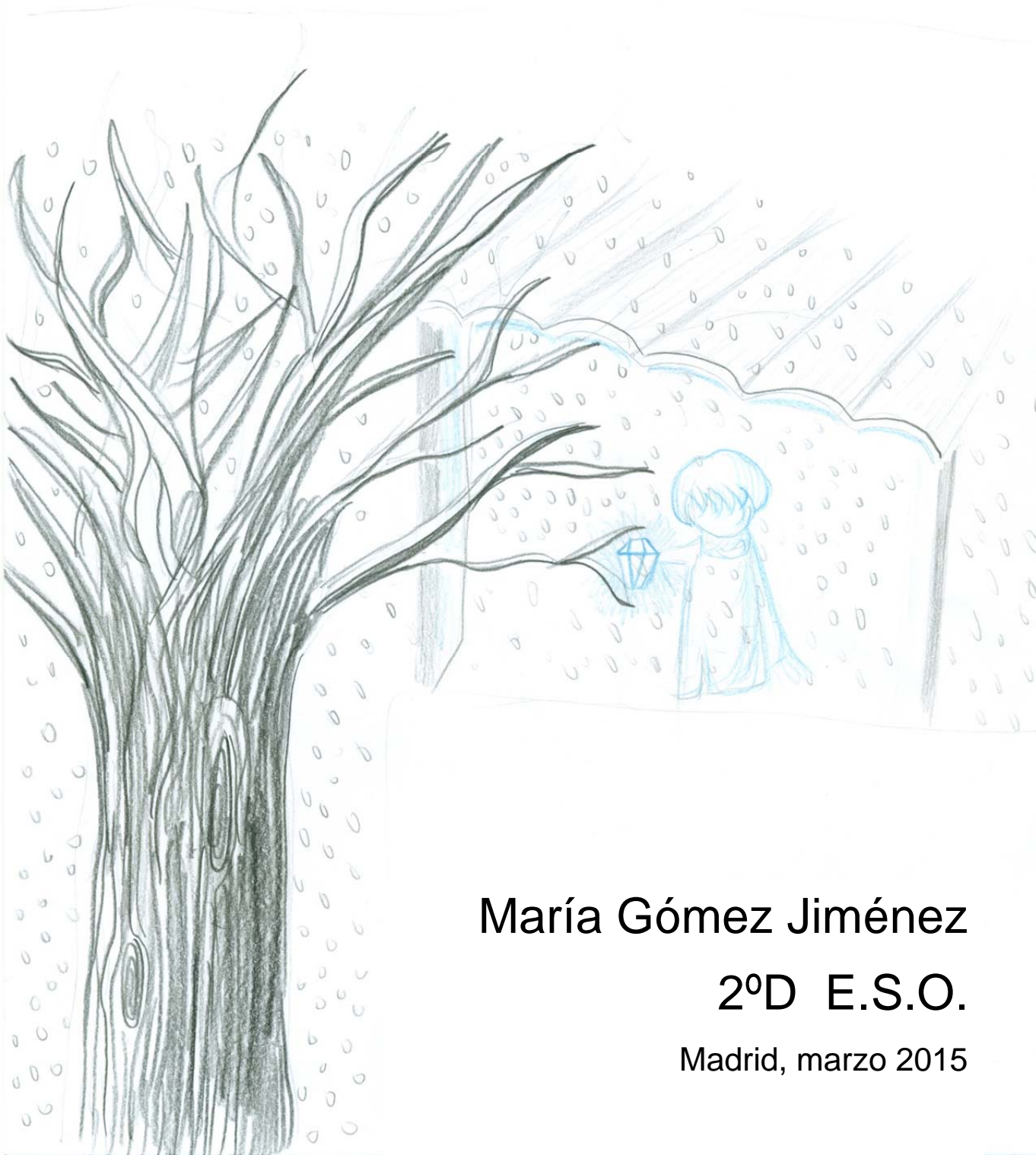


El Fantasma



María Gómez Jiménez

2ºD E.S.O.

Madrid, marzo 2015

La pequeña figura seguía quieta en el umbral de la casa, viendo caer lentamente la nieve, bajo la suave luz que desprendía el farolillo que llevaba en su mano. Permanecía en la misma posición hacía ya como unos veinte minutos. Parecía una estatua, fría e inmóvil a los ojos del señor Banks, hasta que, al fin, la curiosa figura pareció cansarse y se puso de cuclillas, inclinando la cabeza hacia abajo, alumbrando el suelo con el farolillo de la mano derecha y apoyando la mano izquierda en la resbaladiza piedra, trazando garabatos con su dedo índice sobre la nieve.

El señor Banks aprovechó la situación para acercarse un poco más a aquel extraño personaje, metiéndose en un arbusto de acebo. Ya más cerca y dejando cierta distancia, siguió guardando silencio, observando detenidamente aquella figura, que tan absorta se encontraba en la labor que realizaba. Unos minutos más tarde, el extraño ser se incorporó y empezó a jugar con su farolillo y sus manos creando divertidas formas en la pared de la mansión. Se podía ver un perro, una paloma, un conejo, una especie de cocodrilo, un perfil humano... y muchas otras cosas que el señor Banks no alcanzó a distinguir.

Así permaneció durante otros quince minutos, trazando dibujos blancos en el suelo y realizando figuras negras en la pared, hasta que el alba empezó a romper por las cumbres de las montañas que rodeaban The Valley. Sólo entonces el señor Banks se percató de que se trataba de una figura infantil, y sólo entonces la infantil figura apagó su farolillo y se desvaneció metiéndose a toda prisa en la casa, dejando al señor Banks completamente desconcertado.

El desconcertado señor Banks estaba trabajando para la familia Maxwell desde hacía no mucho más de una semana, como cuidador y jardinero de su vivienda en The Valley, mientras la familia residía en Londres. El señor Banks tenía setenta y tantos años, lo que conlleva también a un continuo y permanente estado de mal humor; por ello deducimos que el señor Banks era un anciano un tanto cascarrabias.

Pero que el señor Banks supiera, en The Valley no vivía nadie más que él, y aunque hubiese venido alguien, aún quedaba tiempo para recibir cualquier pago.

Unos segundos más tarde, el desconcertado, cascarrabias y anciano señor Banks salió del pequeño arbusto de acebo donde estaba escondido y, abriéndose paso con su pala a través de la nieve, llegó hasta el porche de la entrada de la casa y se detuvo un momento en el umbral, se agachó y alumbró con su farol el suelo. Allí vio, trazadas en la nieve, fantásticas figuras, de las cuales el señor Banks distinguió un caballo, un pájaro, un caracol, un mono, un cochecito y lo que parecía ser un fantasma. El señor Banks estaba sorprendido e incluso un poco intrigado. Se preguntaba si lo que veía estaba en realidad allí o era producto de su imaginación vieja y cansada.

El anciano, desconcertado, sorprendido y un poco intrigado señor Banks se incorporó, miró hacia la puerta por donde vio desaparecer a aquel misterioso ser y acto seguido la abrió con cierta lentitud y se coló en su interior.

Cuál sería la sorpresa del señor Banks al encontrar la casa en una completa penumbra; las ventanas de las habitaciones tenían unas gruesas cortinas que impedían que luz alguna iluminara mínimamente éstas. Sin embargo, las luces estaban encendidas en parte; solo lo suficiente para que se viera de forma razonable.

-¿Hola? ¿Hay alguien aquí?-gritó, algo inquieto. Solo el eco de los pasillos le respondió.

El inquieto señor Banks no solía tener una naturaleza cobarde, pero resultaba que el absoluto silencio le ponía nervioso.

-¿Señor Banks? -preguntó una voz aterciopelada y dulce pero alta y clara detrás de él- ¿Es usted el señor Banks?

El señor Banks dio un respingo y se giró, encontrándose con una mujer adulta, de unos treinta y tantos años, alta, candelabro en mano, de piel clara, vestida con un precioso vestido rojo, cabello negro recogido en un delicado peinado y ojos pardos ambarinos, mirándole de una manera un tanto siniestra.

-Usted debe de ser la señora Maxwell-la saludó cordialmente quitándose el sombrero-. ¡Qué agradable sorpresa encontrarla aquí! No tenía noticias de su llegada.

-Le ruego que me disculpe, pero no pude avisar de antemano que vendríamos a The Valley.

-¿“Vendríamos”?-resaltó el señor Banks-¿Quiénes la acompañan, señora Maxwell? ¿Acaso su marido, o algún hijo suyo?-preguntó, acordándose de la infantil figura que vio hace unos momentos.

La señora Maxwell guardó silencio, con una expresión de sorpresa en su cara. Pasados unos breves instantes, invitó al señor Banks a la sala de estar a tomar un té con una agradable sonrisa.

Aquella invitación fue interpretada por el señor Banks como una señal de que no estaba equivocado: la señora Maxwell estaba relacionada con aquel infantil ser. Una vez afirmada su corazonada, y algo más tranquilo, se quitó la ropa de abrigo, dejó la pala apoyada en la pared y se dirigió a la sala de estar, donde esperaba que la señora Maxwell le explicara lo que sucedía.

Eran allá como las seis de la tarde de aquel día, el señor Banks estaba apartando la nieve del jardín, cortando las ramas secas... y todavía dándole vueltas a lo que le dijo la señora Maxwell.

Ella y su hijo de unos nueve o diez años vinieron desde Londres aquella madrugada “por motivos que al señor Banks no le interesaban”. La señora Maxwell no entró en más detalles y le volvió a pedir disculpas por las molestias.

Caía la noche y el señor Banks volvió al jardín y, dejando a un lado su labor como detective, volvió a su oficio de jardinero, que en invierno consistía en cortar ramas secas y apartar la nieve del camino que cubría el jardín.



-¿Señor Banks?¿Es usted el señor Banks?

-¿Qué estás haciendo?-oyó el señor Banks a sus espaldas.

Sumando dos más dos el señor Banks dedujo que el dueño de aquella infantil voz era el hijo de la señora Maxwell, además de la misteriosa figura que vio aquella mañana.

El señor Banks, movido por la curiosidad, giró la cabeza y lo miró de abajo a arriba. Vio unas botas marrones desgastadas, unos pantalones de un marrón un poco más claro, un abrigo verde oscuro, una bufanda de un color marrón verdoso... y cuando vio su rostro casi le dio un ataque al corazón.

Lo que tenía ante sus ojos era una cara infantil, de piel tersa, pero terriblemente pálida, de cabellos revueltos y de un color blanquísimo y unos ojos prácticamente de color blanco, con un tono grisáceo, mirándole fijamente, bajo la luz blanca que desprendía el farol que tenía el señor Banks prendido por la cintura, lo que le daba un tono fantasmal.

-¿Qué estás haciendo?-repitió aquel ser que el señor Banks relacionó con un fantasma.

El señor Banks estaba impactado, apenas podía pronunciar palabra.

-¿Estás quitando la nieve?-preguntó inclinándose un poco para ver mejor lo que hacía el señor Banks- Si la quitas me aburriré como una ostra mientras haga frío. Oye, ¿estás bien?

El señor Banks estaba pálido de la impresión, pero ya empezaba a recuperar los colores, gracias a que su corazón aguantó el golpe y volvió a latir.

-Sí...-afirmó el señor Banks, después de un corto período de silencio.

El fantasmal ser pareció reaccionar ante su respuesta. Esbozó una amistosa sonrisa y suspiró:

-Pensaba que no me hablarías nunca.

-¿Quién eres, fantasma?-preguntó el señor Banks algo más tranquilo pero no por ello menos alerta.

-¿“Fantasma”?-preguntó extrañado, quitándose la sonrisa de la cara. Tras un breve silencio, volvió a sonreír diciendo:

-Me llamo Sebastian, pero si quieres puedes llamarme “Fantasma”. ¿Cómo te llamas tú?

-Soy el señor Banks-dijo el anciano jardinero.

-¿El señor Banks no tiene un nombre más corto?-preguntó el fantasma en un tono burlesco.

El señor Banks empezó a sentirse molesto e hizo una mueca.

-¡Sebastian! ¡El desayuno!-se oyó la voz de la señora Maxwell llamando desde el umbral de la casa.



- Me llamo Sebastian, pero si quieres puedes llamarme "Fantasma."

-¡Voy! -gritó el niño- Adiós, ya nos veremos, señor Banks -se despidió.

Y allí se quedó el señor Banks mirando de nuevo a la casa, pensando en lo que había ocurrido hacía no más de unos minutos. Seguía impactado.

-“Fantasma”-dijo para su capote el anciano e impactado jardinero, preguntándose si aquello era real o, de nuevo, otra jugada de su estropeada mente.

Lo que el señor Banks no llegaría a imaginar era que aquel fantasma era real, y que se transformaría en su mejor amigo.

Sebastian iba a visitarlo todas las noches y le ayudaba con su labor de jardinería. En ese período de tiempo el señor Banks se fue enterando de aquellos “motivos que no le interesaban”.

Sebastian le explicó que su apariencia era genética, y que los hábitos de “fantasma” (como el hecho de salir solamente de noche) eran debidos a su condición de fotosensible.

La señora Maxwell quiso que fuera como un niño normal y que fuera a la escuela como los demás, pero no pudo encontrar un horario de clases adecuado para él. Eso sumado al hecho de que en Londres la gente albina no tiene muy buena reputación social, hizo que la señora Maxwell dejara a su marido y a su servidumbre de confianza allí, mientras que ella se venía a The Valley junto con Sebastian ejerciendo como tutora suya.

Y la señora Maxwell se las apañó muy bien.

Dividió el día en tres grupos de ocho horas, que serían para el fantasma ocho horas de sueño, que transcurrían durante el día, ocho horas de estudio (teniéndola a ella como profesora) y ocho horas de ocio. Estas últimas siempre ocurrían durante la noche y Sebastian siempre las pasaba junto al señor Banks.

De vez en cuando hablaban de la vida del señor Banks, otras veces hablaban de lo hermoso que es el día, y al jardinero le tocaba explicar cómo eran las cosas bajo la luz del sol. De vez en cuando Sebastian mencionaba cómo era su vida en Londres, pero acto seguido se quedaba sin palabras, literal y metafóricamente hablando, en blanco, y tras unos segundos de incómodo silencio cambiaba de tema. Cosa que favorecía su papel como fantasma.

El señor Banks descubrió gracias a aquel fantasma que todo se podía ver desde otro punto de vista, desde un punto de vista más pueril, en el cual cada pequeño detalle importaba, tenía su papel y se convertía en algo infinitamente maravilloso. La inocencia y alegría que desprendía siempre el fantasma hacía que el señor Banks nunca quisiera separarse de él. Se habían hecho amigos.

Sus ataques de mal humor y sus habituales visiones se repetían con menos frecuencia. Después de tanto tiempo, el señor Banks volvió a sonreír. Volvió a ser feliz.

Pasaron los meses y con ellos llegó la primavera. La nieve se fue derritiendo, las semillas plantadas germinando, los pájaros regresando... y la noche haciéndose cada vez más corta.

La señora Maxwell y su fantasmal hijo tuvieron que abandonar The Valley por “motivos que no le interesaban” de nuevo. Aquel fantasma salió de su vida de la misma forma que entró; desvaneciéndose.

Los días en The Valley volvieron a ser tristes y grises, las flores perdieron color y aroma, los pájaros ya no cantaban tan alegres como lo hacían y las estrellas y la luna perdieron parte de su bello y suave resplandor. El señor Banks volvió a sentirse desdichado.

Un día, el anciano, cascarrabias y desdichado jardinero Banks recibió la visita de un hombre joven y alto, de piel clara y tersa, cabellos lisos de un color dorado y vestido con un elegantísimo traje. Aquel era un hombre bien conocido por el señor Banks, el hombre que le contrató hacía unos meses, a principios de invierno: el señor Maxwell, su jefe. Tras unos saludos el señor Banks le preguntó por Sebastian y por la señora Maxwell. Acto seguido, el señor Maxwell palideció, y empezó a preguntar por su esposa e hijo. Quería saber si ella había estado allí en su ausencia, y si estaba con Sebastian. El señor Banks le explicó lo que había sucedido mientras el señor Maxwell estaba en Londres. Entonces pareció enfurecer de cierta manera.

-Esta mujer no quiere descansar nunca... y no deja descansar a Sebastian- murmuró el señor Maxwell. El señor Banks estaba completamente desconcertado, no sabía qué estaba ocurriendo.

El señor Maxwell cayó en la cuenta de que tal vez el señor Banks no conocía del todo la historia. Trató de explicársela, pero no encontraba las palabras suficientes. Entonces le tendió un periódico.

Era el periódico de unos días antes de octubre, *The Times*, donde se narraba en titulares un terrible accidente de tráfico, en el cual falleció una tal señora Helen Maxwell, que ejercía de conductora, y su hijo, un niño albino fotosensible, fue ingresado en el hospital central de Londres en un estado de coma severo.

El reportaje estaba acompañado por una fotografía del accidente, en la cual el anciano, algo cascarrabias y ahora más aterrado e impactado que nunca señor Banks vio a una mujer adulta de unos treinta y tantos años, alta, de piel clara, pero chamuscada, vestida con lo que en su día fue un precioso vestido rojo, ahora hecho jirones, cabello negro y seco como el carbón, supuestamente recogido en un delicado peinado ahora deshecho, despeinado, y ojos pardos ambarinos y apagados, ligeramente blanquecinos, mirándole siniestramente desde un cuerpo inerte y frío, mostrando a cualquier lector la visión de un fantasma.

THE



TIMES

Friday September 28 2012



An unfortunate traffic accident

London: _____
Helen Virell _____